

INTRODUCCIÓN

Mucha gente, tal vez tú entre ellos, no tiene el temperamento adecuado para participar en la carrera de ocho horas diarias a codazo limpio, pero en general parte de la base de que no existe otro modo de vida. ¿Eres demasiado orgulloso para vivir de la caridad (seguridad social, cupones de alimentos) y no te interesa en absoluto unirse a una comuna hippie, ni emprender ninguna aventura en el quinto pino, ni dedicarte a bregar y trapichear en el mundo de los negocios o el crimen? ¿Qué te queda, entonces? Otros están en el paro y muertos de angustia. ¿Están realmente justificadas estas reflexiones y temores?

¿Por qué se da por hecho que uno tiene que ser un hippie o vivir en medio de un entorno inhóspito, o ser un paleta, trabajador infatigable, fanático de la vuelta a la naturaleza y comedor compulsivo de soja y yogur para mantenerse al margen de la economía monetaria? Mi padre y yo tenemos una casa en un terreno de dos mil metros cuadrados, sesenta kilómetros al norte de Filadelfia (Pensilvania), a la que difícilmente podríamos referirnos como «hogar de pioneros»; mantenemos una apariencia de clase media y vivimos bien sin empleo ni ingresos regulares (y también sin matarnos a trabajar). (Por supuesto, la expresión «vivir bien» está abierta a varias interpretaciones. Nosotros consideramos que vivimos bien, otros no estarán de acuerdo.)

Uno de los elementos básicos de nuestro bienestar consiste en ser capaces de escuchar las noticias sobre las finanzas sin figurarnos que el fin del mundo está al caer.

Vida de zarigüeyas

Los indicadores económicos principales, el balance de pagos, la crisis energética, la inflación, el desempleo, el PIB, ¿qué significan para nosotros? Cada tarde en las noticias de las seis los economistas, herederos naturales de los teólogos medievales escolásticos, sacan a relucir sus chorradas y nos las presentan como si fueran de una relevancia cósmica. Bueno, y ¿a qué se debe esto? A fin de cuentas, la humanidad ha vivido en la Tierra –y, a menudo, ha vivido bien– durante miles de años antes de que se inventase el dogma del «desarrollo» y el resto de nuestro actual catecismo económico.

Mi padre y yo producimos la mayor parte de nuestra comida y toda nuestra bebida (y bien buenas que son, nuestra comida y bebida, perdonadme que os diga) y gastamos sólo setecientos dólares al año. Y, como decía, consideramos que vivimos bien. Aunque no somos especialmente religiosos, seguimos la enseñanza bíblica de que «todo hombre coma y beba, gozando en medio de sus fatigas, eso es don de Dios» (Eclesiastés 3,13).

Fíjate en que dice «Dios», y no «PIB».

No somos magos. No hacemos nada que cualquier persona normal y corriente –tú, sin ir más lejos– no pueda hacer.

En este libro encontrarás una buena cantidad de información práctica para ahorrar dinero, pero decirte *cómo* hacerlo no es cosa mía. Francamente, me gustaría que llegaras a reflexionar por tu cuenta sobre la economía en lo que se refiere al curso de tu vida individual ahora mismo y a la «época de escasez» venidera.